



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9595

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 25 DE OCTUBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## HERNIAS

(VULGO QUEBRADURAS)

Curación pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó clurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el Procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando sólo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará el 25, permaneciendo en esta ciudad hasta el 28, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

## LEGIA JABONOSA

DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castilini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palas; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Gloria de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Victor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo, Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Outilas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

## Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horcas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licoros.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lespiches, etc. para bocoyes.—Bombas

de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y movable.—Embudos automáticos.—Mobilierio para jardines.—Carrretillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para transportar frutas.—Wagencitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

## EL SECRETO DEL AMOR.

(Colaboración inédita)

—Oh! No tema V. capitán que sea indiscreta. Las viudas, y más siendo jóvenes, podemos hablar de ciertas cosas con entera libertad..., dijo la encantadora Luisa levantando el rostro y contemplando el de aquel que la asediaba con sus peticiones amorosas.

Podemos hablar libremente, continuó diciendo, y aun dar lecciones á los solterones recalcitrantes como V...

No se por qué creo que el hombre que á los treinta y ocho años se conserva soltero, debe ser muy malo...

—Malo? interrumpió el capitán... —Malo, sí, y cuando menos egoísta!

—No lo crea V. Luisa. Estoy soltero porque hasta ahora ninguna mujer me ha satisfecho por completo...

Pero no tenga V. duda ninguna. Si V. no me quiere me casaré con otra y la amaré, la amaré mucho, con toda mi alma!

—¡Que error, capitán! Ese amor que V. prepara á la mujer que le quiera es un espejismo que ó se desvanece presto ó se va alejando á medida que se quiere alcanzar.

Pronunció Luisa las últimas palabras queda y tristemente.

Bajó el rostro, cerráronse sus párpados y el capitán vió asombrado correr una lágrima por aquellas mejillas, que en su embriaguez de amor hubiera comido á besos.

Después, un poco menos turbada, siguió hablando:

—Sí, sí, un espejismo.

Lo se por experiencia, bien dolorosa.

Ya sabe V. que mi marido tenía treinta y siete años cuando nos casamos.

Yo era una chiquilla.

Me dijeron que debía amarle, y obedecí... hasta cierto punto, hasta

donde se puede obedecer en aquellas cosas que no dependen de nuestra voluntad.

Mi buena tía sermonéó tanto sobre el matrimonio, sobre el respeto que se debe tener al marido, sobre los deberes conyugales, que fui al altar resignada, dispuesta al sacrificio, con mi cabecita de pájaro, siempre alegre, llena de tristes ideas.

Bien pronto comencé á sentir por mi marido amor intensísimo, verdadero, de ese que nos arrebató la voluntad, que lo pone todo en el ser amado, amor para el que nada hay más alto, ni más dulce, nada más lleno de esperanzas é ilusiones.

Además no encontrando en mi nueva vida las asperezas y trabajos que mi tía me anunciara, sino dulzuras, contentamientos y paz inefable me creía feliz y soñaba que siempre lo sería!

Si en aquellos días del primer año me hubieran dicho que mi marido no me amaba, hubiera sido capaz de abofetear á quien ante mis ojos le calumniara de este modo.

Pero pasaron los días y de sospecha en sospecha llegué á adquirir el firmísimo convencimiento de que aquel hombre me engañaba con la más cruenta de las mentiras.

Nuestras caricias estaban ya reglamentadas, y así como yo soñaba con ellas, él las soportaba fingiendo una pasión que no sentía.

Cuando llegaba á casa le recibía yo con los brazos abiertos y él me besaba, con el mismo beso de los primeros días, dados con la misma boca, en el mismo sitio.

Cuando nos sentábamos á la mesa nos agasajábamos como chiquillos que parten el bodrío guisado en el anafe de juguete, y en el lecho, cuando el sueño comenzaba á cerrar nuestros ojos, se despedían nuestras almas con un beso largo, callado y dulcísimo que ha sido la mayor alegría de mi vida.

Tenia yo entonces diez y siete años y es muy peligroso en esa edad engañar á una mujer enamorada.

Mi espíritu acongojado sufría indecibles tribulaciones y aunque la ciencia de mentir ocupa toda nuestra inteligencia, una noche al sentir sus labios helados sobre los míos candentes, mis ojos se llenaron de lágrimas y migarganta de sollozos.

Al principio no comprendí yo todo lo terrible de nuestra desgracia.

Creía que mi marido tenía una querida y los celos me causaban una pena muy honda, pero me quedaba la esperanza de que algún día podría rescatar su amor.

Cuando supe la triste verdad, mi desesperación fue infinita.

Aquel amor que yo creía haber perdido no existía; mi marido no amaba.

El pobre había soñado con dulces felicidades encontradas en el matrimonio y bien pronto un hastio invencible había puesto acibar en sus labios no dejándole gustar la dulzura de aquellas caricias en que yo ponía mi alma toda.

Oh! El pobre estaba sujeto á un tremendo martirio.

Quería amarme, lo quería con toda su voluntad, pero el corazón estaba seco y el egoísmo de la infame soltería había matado todos los sentimientos, todos los gérmenes de vida nueva y fecunda.

Un mañana entró en la alcoba, donde me estaba vistiendo con una caja en la mano.

—Aquí está encerrado mi amor, me dijo. ¡Cuántos esfuerzos he hecho por amarte, como á aquella Jolie que nunca olvido! Aquí están nuestras cartas, el secreto de aquella pasión de estudiante que daría la vida por volver á sentir una hora siquiera y se fue sin besarme.

Con viva ansiedad lei aquellas cartas que me causaban pena y vergüenza. Y era aquel el amor, todo el amor de que mi marido se sentía capaz?

Con las cartas había un retrato... ¡Que retrato! Era el de una mujer lijera de cascos y de... ropa, teniendo su boca abierta por una fingida